



El devocionario de Gertrudis Gómez de Avellaneda

Para la mayoría de los lectores cubanos actuales, Gertrudis Gómez de Avellaneda es una figura más o menos borrosa. Muchos podrán decir que se trata de una poetisa decimonónica, “famosa por sus amores” y otros, los más informados, podrán citar al menos una de sus composiciones poéticas, el soneto “Al partir”, y quizá su primera novela, *Sab*.

En realidad se trata de una de nuestras escritoras fundacionales, una autora con una obra valiosa y dilatada, en géneros como la poesía lírica, el teatro, la novela, la leyenda y el periodismo. Casi nadie sabe, además, que produjo un conjunto de poesía religiosa cuyo valor sobrepasa las fronteras de la Isla, pues se encuentra entre la más valiosa escrita en España y América durante el siglo XIX.

Sin embargo, una de sus obras resulta todavía más oculta para los cubanos de hoy, pues ni siquiera ha sido publicada en el país; se trata del *Devocionario Laical* 3/2008

Por ROBERTO MÉNDEZ

cionario nuevo y completísimo en prosa y verso, que da a la luz en Sevilla en 1867. Vale la pena detenerse en esta obra, que es una valiosa rareza.

Opuesta tanto al materialismo filosófico de ciertos círculos europeos, como al pragmatismo vulgar que encontró en su segunda estancia cubana, la Avellaneda reforzó a lo largo de su vida la religiosidad que recibiera en el Puerto Príncipe de su infancia, sin atender a las burlas y censuras tanto de la “buena sociedad” como de sus colegas intelectuales, según cuenta Ramón de La Sagra, al referir la conversación que tuvo con ella, en 1860, en Cienfuegos: “me refería las amistosas censuras que estaba condenada a oír de sus sentimientos y creencias, profundamente religiosas, ofendiéndola hasta el punto de no juzgarlas sinceras, pues no la suponían capaz de admitir tales parruchas.”

A partir de su segunda viudez, la escritora fortaleció su vida de oración y meditación y prueba de ello es el *Devocionario*, que concluye en Sevilla y da a las prensas en 1867. El libro está dedicado a “A.S. A.R. La Serma. Señora Infanta, Duquesa de Montpensier”. A primera vista, el volumen pudiera parecer un pretexto para configurar una especie de antología personal de su poesía religiosa –de hecho, esta pudo ser su idea inicial– pero como ella misma refiere en la introducción “Dos palabras sobre la oración y sobre este libro”, su alcance es mucho mayor:

“Al resolernos a que saliese a luz este *Devocionario*, que no era hasta hace poco sino una pequeña colección de nuestras personales inspiraciones, hemos procurado completarlo de manera que satisficiera al público; así no solo damos el debido espacio en él a las oraciones que nos han parecido mejores para durante la sagrada misa, y puesto todos los oficios de la Semana

Santa, etc, sino que también adoptamos con placer las devociones más populares en España, sin hacer en ellas otras correcciones que aquellas que la lógica, la gramática, el sentido común exigían como indispensables para que tuviesen cabida en una obra que no por ser religiosa, podía emanciparse de todas las reglas literarias.”

De modo que la labor de la escritora ha estado dirigida en tres sentidos a la vez: antologadora de su principal poesía religiosa, compiladora de oraciones populares que ofrece revisadas y adecuadas a su estilo personal y además –y quizá esto último es lo que más valora– tratadista de oración, como en el pasado lo habían sido Teresa de Jesús o Juan de Ávila, a la vez que configuradora de un manual para la devoción privada.

No era poca audacia, por entonces, que una escritora, tan vinculada a los círculos liberales y cuya vida privada había despertado en años no muy leja-

nos tantos rumores, tomara parte de su obra poética –bien que fueran los textos de inspiración sacra– y los propusiera a los lectores con un sentido devocional. La Iglesia española de entonces, no era la de los tiempos de Lope y Tirso; afectada por los gabinetes liberales, había derivado hacia una posición defensiva, ultraconservadora y la mayor parte de las iniciativas intelectuales le resultaban sospechosas. Por esta razón coloca el libro la escritora, gracias a su dedicatoria, bajo la protección de la realeza y además, sus extensas relaciones sociales le permiten no solo obtener el *Imprimatur* sino cálidos elogios del Cardenal Arzobispo de Sevilla.

La obra está estructurada en catorce partes: la introducción ya citada, oración de la mañana, oración de la noche, confesión y comunión, oraciones durante la Santa Misa, visita al Santísimo Sacramento, oraciones para las festividades de la Virgen, rezo del Rosario, oraciones varias, Nochebuena, preces en verso, preparación anual para la muerte, método abreviado para la oración mental y Oficios de Semana Santa y Pascua de Resurrección, que es la más detallada y extensa. En cada una de ella alternan consideraciones en prosa, de carácter reflexivo–didáctico con oraciones en prosa y verso, aunque no es extraño que respecto a otra obras de piedad de esa época, la poesía tenga un lugar mucho más prominente.

Resultan ejemplares las traducciones del latín, en prosa, de salmos o cánticos litúrgicos que incluye en el volumen. Puede tomarse como ejemplo el salmo 68 *Salvum me fac Deus*:

Sálvame, oh Dios, porque las aguas de la aflicción han penetrado hasta mi alma.

He llegado a alta mar y la tormenta me ha anegado.

Mi garganta se ha enronquecido a fuerza de clamar, y mis ojos se han cansado de mirar al cielo, esperando el socorro de mi Dios.

Hanse aumentado, más que los cabellos de mi cabeza, los que me aborrecen sin causa.

Sin embargo, oh mi Dios, tú sabes si yo soy culpable, porque ningún pecado puede estar oculto a tu vista.

Óyeme, Señor, porque benigna es tu misericordia: conforme a la multitud de tus piedades, vuelve los ojos a mí.

Como ha asegurado la estudiosa camagüeyana Florinda Álzaga, el Devocionario está lleno de rasgos de vanguardia religiosa. Vale la pena destacar: el papel otorgado a la oración como relación directa con Dios, despojada de barroquismos verbales; la reflexión sobre los misterios del rosario en vez de su monótona repetición; el centrar su énfasis en la resurrección de Cristo en vez de la complacencia usual en los sufrimientos de su pasión y muerte y el basar su devoción a la Virgen en los testimonios evangélicos y no en conjeturas ni tradiciones populares.

A estos podríamos añadir otros no menos relevantes como: la concepción de un Dios cercano e íntimo, muy propia de los místicos, pero poco conocida para el común de las personas, que viene a sustituir al de la Divinidad distante, justiciera y hasta vengativa que algunos predicadores difundían; el papel otorgado a los textos bíblicos en la oración de los laicos, que se hace evidente en el número de pasajes que traduce para tal empleo; la voluntad de centrarse en la Trinidad y los sacramentos, en una época en que las devociones populares se complacían en los santos como intercesores y la fuerte voluntad didáctica que pone empeño en explicar al pueblo común detalles que habitualmente eran solo del dominio del clero y los religiosos.

Quizá todo esto explique el éxito popular del Devocionario, que fue empleado por católicos de España y Cuba durante varias décadas, así como la difusión de algunos de sus textos, impresos por separado para su empleo por los devotos. Pero a la vez, la escritora logró rematar su producción religiosa con un acto de especial alcance: más allá de su edición con propósitos literarios, logró insertarla en la oración de



los fieles y, en cierto modo, en la celebración de los misterios cristianos.

Vale la pena concluir estas páginas con un hermosísimo soneto que ella colocó en el Devocionario con el título *Devoción al dulce nombre de Jesús* y que aparece en la edición completa de su poesía de 1869, cerrando el volumen, bajo el apelativo “El nombre de Jesús”:

Es grata al caminante en noche fría
la alegre llama del hogar caliente:
grata al que corre bajo sol ardiente
la fresca sombra de arboleda umbría:

grato, como dulcísima armonía,
para el sediento el ruido de la fuente,

y grato respirar en libre ambiente
para quien sale de mazmorra impía.
Es grata, en fin, la lluvia al campesino,

Grata al guerrero belicosa fama
Y grato el natal suelo al peregrino:
pero más que aire, sombra, fuente,
llama,
lluvia, patria, laurel, ¡Jesús divino!,
tu nombre es grato al corazón que
te ama.

